

ediciones**carena**

ANA LUENGO

MI BIEN ESQUIVO

Primera edición: abril de 2023

© Ana Luengo, 2023

© Ediciones Carena, 2023

Ediciones Carena

c/Alpens, 31-33

08014 Barcelona

T. 934 310 283

info@edicionscarena.com

WWW.EDICIONESCARENA.COM

Diseño de la cubierta: Sandra Jiménez

Coordinación y revisión: Jesús Martínez

WWW.REPORTEROJESUS.COM

Depósito legal B 8095-2023

ISBN 978-84-19136-97-8

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se puede reproducir ninguna parte de este libro, ni almacenar en cualquier sistema de reproducción, ni transmitir de ninguna forma ni bajo ningún concepto, mecánicamente, en fotocopias, en grabación o de ninguna otra manera, sin el permiso del propietario o propietaria de los derechos de autor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Alberto Ribas Casasayas,
mi compañero de viajes,
por su amor honesto
y sin prejuicios.

There is no gender identity behind the expressions of gender... identity is performatively constituted by the very 'expressions' that are said to be its results.

JUDITH BUTLER

Detente, sombra de mi bien esquivo
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Los amores cobardes no llegan a amores
ni a historias, se quedan allí,
ni el recuerdo los puede salvar
ni el mejor orador conjugar.

SILVIO RODRÍGUEZ

PREÁMBULO

Cuando cierro la puerta, me quedo sola, descalza y con una sensación extraña de vacío que no sé cómo llenar. Oigo tus pasos alejarse deprisa o te imagino corriendo ya por la calle, y te me mezclas con mis recuerdos y con tantas cosas que he inventado y que he ido olvidando. La miro en las fotos de la pared e intento entender cuál es su historia, cómo llegó aquí. Luego busco en mi ordenador el archivo de fotografías y me busco a mí misma una y otra vez digitalizada y desconocida como si tú te hubieras detenido junto a mí. Tan yo y tan poco yo. Mira, te habría dicho, así empezó todo para mí. Y tú te habrías arrellanado en el sillón para escucharme.

Pero tú no serías tú, sino alguien a quien yo invento para que me escuche y le dé sentido a que yo recuerde. ¿Para qué dejar testimonio, pienso, si no es para otras? Para otras como yo o para otras que se encuentren a alguien como yo o para otras, como tú, que ni siquiera saben quién es esa otra que tiene o ha tenido tan cerca. Quién sabe.

Por eso me habría gustado que te quedaras y me pidieras que yo te contara mi vida desde el principio, por qué tomé ese camino y no otro que hubiera sido el mío, el auténtico, el verdadero,

si es que hay algo verdadero en la vida. Me habría gustado eso, pero entiendo que te hayas ido porque yo no te importo. Hasta imagino que te habrás alejado acaso un poco aliviada por no tener que escucharme hablar de una vida tan lejana mientras nos tomamos ese café que te he ofrecido y has rechazado extrañada. No es fácil contarle todo con el tiempo medido, yo te habría dicho, porque todo está relacionado, aunque ahora estemos tan lejos de lo que me sucedió para llegar hasta aquí y contar quién he sido y por qué lo he sido. Y también cómo eso, sin tú saberlo, te ha marcado tu propia vida.

Aunque, si no te hubieras ido, ¿tú me pedirías que yo te contara mi vida? Probablemente no.

Por eso hablo sola, por eso yo sola miro y remiro mis fotografías y buceo en mis propios recuerdos, los reconstruyo y, en parte, los reinvento. ¿Cómo recordarlo todo? ¿cada palabra, cada gesto, cada silencio? Fabular es también recordar, pienso, o darle forma y sentido a ese recuerdo, y me gustaría dejar constancia de mi recuerdo por si un día aún tú quieres oírlo. Aunque sé que no volverás y que, además, esta historia a ti no te importa. ¿Por qué habría de hacerlo?

Al fin y al cabo, nuestra historia, como las de tantas, no ha sido más que una dulce ficción, te podría decir si te hubieras quedado hasta el final para escucharlo todo. El orden en que nacimos y crecimos nos obligó a creerlas imposibles. No hace tanto tiempo de eso, le digo al aire vacío de la casa que ahora habito. Parece una eternidad, pero no lo es. El perro me mira desconcertado, ni siquiera sabe qué hago aquí. Y yo, recién ahora, estoy intentando entenderlo.

Y por eso es que escribo.

PRIMERA PARTE

UNA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

PRIMERA FOTOGRAFÍA: BLANCO Y NEGRO

Me veo con tres años. Quizás no llegaba a los tres. No. Debía ser con dos años y medio. La primera fotografía de carnet que tomaron de mí. Era mi fotografía de la escuela. Aún en blanco y negro. Qué antigua es la foto y qué antigua soy yo. Qué vértigo me da tener ese pedacito de historia entre mis dedos, aunque sea en una pantalla. Es muy pequeña, en blanco y negro, mate. Mis dedos parecen inmensos. Ese tipo de fotografías que a mis hijos —si los hubiera tenido— les parecería una antigualla, una reliquia o quizás un tesoro del pasado en un país lejano y legendario, algo imposible, ciertamente. Mi país sería un país legendario para ellos. Probablemente la sombra de un país que nunca fue para mí. Pero aún no es momento de hablar de eso. Volvamos a mi primera foto preescolar. Quién puede imaginarse hoy en día que una fotografía así no tenga alardes artísticos, si acaso solo pura realidad y falta de posibilidades técnicas. No en vano, casi han pasado cuarenta años.

Me miro en esa fotografía y me pregunto cómo era yo a esa edad. En qué pensaría todo el rato. Me dicen que era seria, obediente, dulce, observadora. Yo no me recuerdo así. Yo me recuerdo aventurera, arriesgada, chistosa. Me recuerdo en recuerdos que me he empeñado en ir creando de mí misma para reinventarme y entender qué me pasaría por esa cabecita. Mi madre me

cuenta que yo le preguntaba a veces: ¿soy traviesa? E insistía ya como confirmación: Dime que soy traviesa. Y ella se reía, porque no, nunca fui traviesa (aún no). También para entretenerme con mi propia historia. Lo más triste, siempre he pensado, es tener una historia anodina. La mía no lo sería, yo ya lo sabía por aquel entonces. Aunque ciertamente ni me podía imaginar qué me depararía el futuro. Me miro y sé que yo entonces soñaba con ser marinero. El pelo corto, digna firma de mi madre, siempre tan pragmática. El pelo corto y negro, muy negro. Las patillas un poco largas, casi como una pequeña Curro Jiménez. La raya al lado, no primorosamente marcada. El pelo negro, sin llegar a ondulado, se me rebelaba en las sienes. Quizás no lo tuviera tan negro, asumo, pero las fotografías en blanco y negro es lo que tienen. Quitan matices.

No recuerdo cuándo tomaron esa foto de mí. Tampoco dónde ni quién la hizo. Recuerdo, sin embargo, ver la foto una vez que la habían tomado y sorprenderme. Yo me creía más linda. En el espejo, yo era más linda. Era una niña bonita que sabía sonreír con encanto, parpadear mucho, sonreír y marcar mis hoyuelos. Aún los tengo. Hoyuelos y una boquita que mi madre, con mucha ternura, me decía de pato. En la fotografía, en cambio, estoy tan seria que casi frunzo los labios e hincho los mofletes, como si estuviera manteniendo el aire en mi boca, como si estuviera ligeramente asustada, como si estuviera reprimiendo un sollozo, un pequeño berrinche, un pucherito.

—Parezco un niño.

Creo que dije al ver la foto, o pensé con tanta fuerza que sentí que lo decía. Y ese maldito nudo en el entrecejo, como si las lágrimas se empecinaran en salirme por la nariz. Yo no podía ser eso.

—No, estás preciosa, guapísima, muy bonita, princesita —creo que me respondieron. En realidad, no sé si me lo dijeron aquel

día, pero tantas veces tuve que oírlo a lo largo de mi vida, que se me superponen esas voces.

«Qué niña tan bonita», oía a menudo. Y yo me miraba en el espejo intentando verme así: bonita. Dulce niña obediente y callada. Me concentraba en parecerlo, pero ya intuía yo que no lo era tanto. Siempre me vi como un niño en el espejo.

Aún me veo como un niño en el espejo.

Tenía las cejas gruesas, algo cercanas a los párpados, con esos ojos negros no demasiado grandes, pero inquisitivos, que tanto incomodaban a la gente.

—No me mires así, hija —me pedía mi padre a veces.

Y mi hermana:

—¿Por qué miras, enana, tengo monos en la cara? Mamá, dile que deje de mirarme. Eres insoportable, moco.

Aprendí a mirar de soslayo, como aprendí tantas otras cosas, pero eso vendría después. En aquel entonces solo sé que yo me llamaba a veces Miguel. Que yo soñaba con ser marinero, limpiabotas, futbolista. En la fotografía tengo un jersey azul marino que parece negro. Pero yo sé que era azul marino porque era el uniforme de mi colegio de monjas. *First stop* hacia la feminización de aquella personita con a de niña final.

Ahora que lo pienso, en jardín de infantes no teníamos aún uniforme. Entonces no sé por qué llevaba ese jersey oscuro a esa edad. Y un cuello cisne blanco. Sería la moda. No se ve más. No sonrío, no me muevo, no respiro. Clac. La primera fotografía oficial de mi vida.

SEGUNDA FOTOGRAFÍA: EL PRIMER AMIGO

No sé si era para mi primer pasaporte, recuerdo que, por aquella época, me llevaron a Portugal, pero tampoco podría jurarlo. Sé que me veo en esa otra fotografía que me tomaron unos dos años después de la primera. ¿Cuatro años? Tengo una posición campechana, con los brazos que intuyo en jarras, una sonrisa socarrona. Una melenita corta más clara de lo que ha sido jamás mi pelo y un clip azul para sujetarme ese mechón rebelde que siempre me cae en un tirabuzón sobre mis ojos, como le pasaba a mi padre antes de perder su pelo. Una foto en color. Año 1980, entramos a trompicones en la democracia, libertad libertad vivir en..., mi padre con patillas y mi madre con dos trenzas y, por fin, abrazamos con fuerza la sacrosanta Constitución —aún faltaba un último susto—. Pero yo no sé nada de todo eso en ese momento, claro, aunque me gusta la musiquita y pasear por Tarragona de la mano de mi padre que me habla de la democracia y bailar con mi madre a Víctor Jara: *Te recuerdo, Amanda, la calle mojada...* Cantábamos juntas la que yo entonces consideraba mi canción, tan felices todavía. Y cantábamos de qué color es la piel de Dios, y había también un príncipe malo, una bruja hermosa y un pirata honrado. Qué hippies y qué felices éramos, Dios mío. Mi madre con sus vaqueros, mi padre con su camisa sin corbata yendo al trabajo, el humo siempre por la casa como un signo de felicidad y modernidad. Humo equitativo, todos fumábamos de él de la mañana a la noche. Si te quiero es porque soooooo mi amor, oía mientras cantaba mi madre, y yo creía que era porque sois mi amor y que me incluía en ese círculo del amor. Qué felicidad estar en 1980 y correr descalza por la casa. No sé nada de nada, aunque empiezo a saber muchas cosas y a intuir muchas otras. Ahora sí sé que en ese momento me siento mucho más feliz, más

segura. Lo puedo ver en mi segunda foto de carnet. Mi peinado de niña buena (imagino a mi madre insistiendo en el clip para la foto) y mi sonrisa de niña no tan buena. Y mi flequillo rebelde.

Recuerdo aquella época como la más dorada en mi vida. Recuerdo que si alguna vez fui genuinamente feliz fue durante el parvulario. Sé que fue un momento estupendo de mi vida porque mis hermanos todavía estaban en casa y éramos algo como una familia más ruidosa y mi madre todavía era mi madre. Mi hermano aún vivía y me llevaba en hombros por la calle y yo sentía su pelo demasiado largo. Aún ni se había ido ni había dejado de ser. Yo tenía un hermano. Pero no puedo adelantarme, porque yo con cuatro años no me podía ni imaginar que Sevilla sería la muerte de mi hermano, a quien yo tanto quería, ni más cosas que pasarían. Parecíamos casi casi de teleserie, a veces faltaban las risas enlatadas. Sé que fue un momento maravilloso porque aún no me tenía que ceñir a esas absurdas y férreas estructuras escolares que apenas me dejaban tiempo para desarrollar nada que no fuera atiborrarme a una información que, con el tiempo, he ido perdiendo sin reparos y con deleite. Sé que me gustaba ser yo porque aprendí a leer y escribir y, por fin podía, llenar páginas de cuentos y poesías. Sé que aprendí catalán sin darme mucha cuenta, aunque a esa edad apenas lo usara todavía. Sé que me sentía en mi salsa porque en mi clase aún había niños para jugar. Varoncitos, quiero decir. Chicos con os, fútbol, carreras, gritos, saltos de libertad. Yo solo jugaba con ellos. No recuerdo a ninguna niña en parvularios, solo a esos chicos con los que yo quería crecer y seguir creciendo. Recuerdo pasar corriendo delante de la monja de turno, con el pelo alborotado para jugar al fútbol con mis amigos. Casi nunca me detectaban, qué raros los ojos de las monjas, pienso ahora, que más se fijaban en esa clara, pero tan equívoca señal, para detectar quién era yo. Y así,

yo niña de pelo corto y corriendo alborozada hacia los juegos infantiles, me colaba en ese mundo masculino que tan pronto me sería vetado. Pero en aquella época aún no. Me encantaba el arenal, me encantaba subirme a los árboles, me encantaba gritar palabras –palabrotas infantiles de canción de Enrique y Ana–, sentir el viento en la cara.

Tenía un compañero de clase, Carles, con quien jugaba todo el rato y con quien siempre quería jugar más.

Carles no tiene rostro en mi memoria ni hay fotografías de él. Tiene el pelo rojo, eso sí. Tiene nombre. Tiene –o más bien «es»– la sensación que me producía estar a su lado. O la sensación es la que yo aún siento. Una sensación borrosa por todas las palabras ajenas que nos rodeaban y que nos querían poner nombre. ¿Es tu novio? ¿te gusta? ¿os vais a casar? Recuerdo asumir que tenía que ser mi novio si es que no nos podíamos separar. Siempre juntos. Carles pidiéndome la mano bajo un algarrobo de la escuela. Yo presentándoles a Carles a mis padres con toda la solemnidad. Desear que se sentara a mi lado para pintar, recuerdo eso, o hacer agujeros con un punzón sobre un papel sujeto a una tabla de corcho y mirarlo y reírnos juntos. También desear que me pasara a mí el balón, creo recordar. Carles sin cara, solo su pelo rojo. Pero infiero que a nuestro alrededor todo el mundo nos impulsara a creernos novios, a tener que demostrarlo con piquitos en los labios, con gestos robados de películas ñoñas como ir de la mano, entrelazar los dedos, oír música de violín tipo *Primavera* de Vivaldi. Mi primer novio, tantos años pensé. Qué tiempos aquellos cuando el amor era, ay, tan fácil de entender y de interpretar porque ya nos venía tan dado.

La última semana de clase, cuando yo solo tenía cinco años, Carles se fue. Llegaba el verano, hacía calor. Mucho calor, ese calor pegajoso de mi ciudad. Las monjas nos dieron la horrible

noticia de que era la última semana en que podíamos compartir las clases con los niños, esos seres que ya empezaban a convertirse en extraterrestres para mis compañeras de largos cabellos. En breve serían peligros acechantes, se tornarían en esos otros, en posibles pretendientes, seductores, violadores, padres precoces. Yo recuerdo con cierta nitidez pensar en la ausencia de Carles y sentir un desgarramiento. Recuerdo qué tenía delante mientras oía la voz de la maestra hablar de la inminente despedida: las batas llenas de pinturas y unas mochilas de colores brillantes ya plastificadas. Recuerdo el enfado que me entró y que canalicé contra él, pobre niño. Como si fuera su culpa tener que salir de aquel centro por tener el género equivocado —¿o era yo?

Casi todo se me mezcla en la memoria, pero esto sé que sí pasó y lo recuerdo con una extraña nitidez, como si fuera una película en la que yo soy un personaje más. La cámara no es mi mirada ni siquiera, sino que empieza con un plano medio. Sé que yo, a partir del discurso de despedida de la monja, le había dejado de hablar rabiosa por su forzoso exilio del paraíso infantil donde me sentía vivir, y sé que el último día de patio me refugié en el arenal, sola, intentando tragarme las lágrimas. Mi mejor amigo se iba, y yo me sentía la víctima absoluta de una traición. Empieza esa escena que tantas veces me he pasado en la memoria intentando explicarme qué pensamientos se me arremolinaban en la mente. Me recuerdo intentando hacer un hoyo en la arena que atravesara todas las capas de la tierra para poder escaparme a las antípodas. Y empieza la acción, los fotogramas que me han pasado tantas veces por la trastienda de los ojos: Carles se acerca a mí con la mano extendida para despedirse y su pelo rojo a contraluz —sigue sin cara— enmarca el cielo. Mis manos que se hunden una vez más y, sin poderlo controlar, surgen llenas de arena que arrojo con rabia a los ojos de Carles. Veo a Carles llorando —ahora sí como

si yo fuera la cámara— y huyendo despavorido. Yo cierro los ojos, fundido en negro, y oigo a mi alrededor los gritos infantiles y jubilosos del recreo, los pasos, el chirrido, el columpio, la pelota al botar sobre el pavimento. Los abro de nuevo y toda la imagen parece una pantalla cubierta de puntitos de colores y la arena que parece caer del cielo, aunque ahora sé que eso es imposible que siguiera pasando unos cinco segundos después de mi aborrecible acción, pero la memoria tiende a ser simbólica. Cierro los ojos con más fuerza y siento un extraño sabor a metal que me cubre el paladar y se va a quedar allí por años. Aún sigue. Era la sangre de los labios que me había mordido hasta despellejarlos. Sé que me dejé caer en la arena boca abajo y decidí no hacer nada más y lo sé, no por la cámara que accioné aquel día, sino por un sentimiento de pérdida que se me quedó prendido al pecho y que hoy aún me impulsa a contar estas cosas. Solo pude esperar a que el dolor se atenuara y me dejara volver a respirar. De nuevo un fundido en negro. Pero ya no vuelve la luz. Ninguna luz. Tampoco Carles. No lo volví a ver. No volví a correr con el pelo alborotado por aquellas escaleras del patio que me llevaban a la libertad del fútbol, los árboles, las palabrotas infantiles. Empezaría tras el verano la era del uniforme y de los juegos de saltar una maldita goma —que nunca entendí y siempre detesté— a la hora del recreo. Empezaría mi adiestramiento para convertirme en una buena niña. Una niña. Buena.

Carles era mi amigo, pienso ahora. Mi primer mejor amigo. Amistad emponzoñada por tanta cursilería barata. Y lo perdí en un arrebató de fotonovela. No sabía hacerlo de otra forma. Tenía cinco años y esa empezaba a ser mi (des)educación sentimental.

TERCERA FOTOGRAFÍA: SOBRE HOSTIAS Y ARMARIOS

Gané varios quilos. En la tercera fotografía que tengo, ya no soy una niña sonriente con hoyuelos. No. En la tercera fotografía soy una niña con sobrepeso vestida como una princesa aún no emancipada por *Frozen*. Mi primera comunión. Cuando cumplí ocho años, comulgué por primera vez. Diadema de flores y sonrisa congelada bajo un flequillo espeso castaño. Fondo azul celeste con nubes impostadas. Cuando iba a hacer la comunión, mi madre tuvo la maravillosa idea de que yo me pusiera su vestido de primera comunión. Una obra de arte de alguna modista capitalina de los años cincuenta. Mi madre, según la fotografía en color sepia de su comunión, había sido una niña esbelta y alta. Yo era gordita y bajita—cruels diminutivos—, pero eso no importaba. Yo tenía que llevar ese vestido para hacer la primera comunión. ¿Cómo no, si mi querida hermana también lo había llevado seis años atrás? Ella también había sido una niña alta y delgada como su madre, que era también la mía. Cuando me lo probaron por primera vez, el vestido simplemente no me cabía. Por mucho que yo metiera tripa, por mucho que intentaran que yo cupiera en él, yo no cabía. La solución fue lógica, tipo Mahoma y la montaña. Si yo no cabía en tal obra de arte de la costura de posguerra, yo tenía que adelgazar en unos meses lo necesario para hacerlo. El método para hacerme adelgazar fue vigilar mis meriendas, así como no permitirme repetir durante las comidas—sobrealimentación, sobrealimentación, me gritaba mi madre cuando yo me acercaba sigilosa a la alacena—, ni comerme dos plátanos de postre, como era mi costumbre. Mis meriendas, por aquel entonces, eran una creación que ni Ferran Adrià en sus mejores tiempos. En un vaso de leche fría, yo metía seis galletas Príncipe trituradas con un tenedor. Cuando se reblandecían, las

mezclaba bien a golpes de cuchara. Entonces me metía ese delicioso mejunje en la boca. Si eso no es deconstruir, entonces qué. Aún recuerdo el placer de sentir la galleta blanda deslizándose por mi lengua, mientras los trozos algo más sólidos de chocolate, pero ciertamente arenosos, se colaban entre mis dientes y se quebraban cuando juntaba mis muelas con parsimonia. Me inundaba la garganta una felicidad inconmensurable. Polvo húmedo de chocolate. Nada que envidiarles a las invenciones de Ben & Jerry. Hoy podría afirmar que aquella fue una de mis primeras experiencias puramente sensuales. La felicidad de los sentidos. Qué delicia mi merienda diaria frente al televisor. En ningún momento a nadie se le ocurrió llevarme a hacer algún deporte, no. Las tardes se prolongaban, pues, sin mi merienda preferida, porque ahora me daban un triste bocadillo de pan bimbo con jamón de york que devoraba frente a la tele y que me dejaba un triste hueco en el estómago y una amarga nostalgia en la lengua. Con ansiedad esperaba el momento de la cena, que era anodina. El infalible método adelgazante de algo sirvió, porque cuando llegó la fecha de hacerme las fotos para las invitaciones, el dichoso vestido me cabía, o mejor dicho yo cabía en él, haciendo un pequeño esfuerzo respiratorio. Sí, cabía. La pequeña Scarlett, heroica, lo lograba y también juraba que nunca más —una vez superada la ceremonia— iba a pasar hambre.

Recuerdo mirarme en el espejo, con el pelo recién lavado y peinado con esmero, la diadema de flores, el vestido blanco. Como una novia niña rechoncha. La cara sonrosada. Mi nariz ya larga. Recuerdo la vergüenza que sentí y lo ridícula que me vi en el espejo del armario de cuerpo entero del dormitorio de mis padres. Imagino que mi madre y mi hermana también se vieron así, pero ellas sonriendo preciosas. Yo no, rechoncha y ridícula princesita vestida de blanco. Pero qué bonita, qué guapa, estás

monísima, como siempre, oía a mi alrededor. Y yo con el vestido que me anulaba de verdad, que me hacía entrar en esa iglesia que me espeluznaba con sus rituales extraños y el olor a incienso que me mareaba totalmente. Entrar en una iglesia que yo aún ni sabía qué significaba y qué iba a significarme, pero que ya por instinto de supervivencia me causaba espanto. Pero ahí estoy yo, con ocho años, dispuesta a hacer la comunión y a comerme el cuerpo de Cristo. Amén. No era la gran merienda, pero algo era algo, esa oblea sosa y la anhelaba como si comerla fuera a ser un banquete. Porque, después de la foto, tampoco me dejaron volver a merendar como Dios manda. Por eso, para mí la comunión tenía que coronar un sacrificio como el que hubiera sobrevivido el homenajeadó Jesús —al que me iba a comer en aquel día glorioso— en el Monte de los Olivos. Ya saboreaba yo en soledad la fiesta que me preparaba para el día después de la comunión: mi banquete de galletas Príncipe, nocilla y leche con colacao se las prometía. Nadie podría entrometerse en mi camino.

Pero no fue todo tan fácil, porque ese Dios, al que me tenía que tragar sin masticar tan pura yo, todo lo veía, hasta cuando yo creía que no me estaba mirando, y se vengó de la peor forma que pudo de una niña que, como yo, simulaba ser muy buena, aunque como se verá ya no lo era tanto. En cualquier caso, y como exculpación de esa niña de ocho años, debo decir que, aunque pecara, ni siquiera sabía que estaba pecando. Por esa razón, la medida disuasoria divina fue, cuando menos, desmedida. Pero sí eficaz.

El día de mi primera comunión me volvieron a calzar el vestido con determinación. Yo metí tripa y mi madre me subió la cremallera con cierto esfuerzo, imagino. Por alguna extraña razón, pues juro que seguía religiosamente aquella absurda dieta, fue un poco más difícil el ritual esta vez. ¿Habría cenado una croqueta más de

las necesarias? Sin quererlo, protagonicé otra escena legendaria de *Lo que el viento se llevó* mientras mi madre me decía que metiera tripa y yo gimoteaba totalmente avergonzada por mis lorzas rebeldes. Recuerdo que mi abuela me regaló una cadena de oro con una virgen de Guadalupe que mi madre guardaría más tarde y que yo solo llevé aquel día. No sé dónde queda, supongo que a buen recaudo. Aquel día yo le recé a esa virgen en concreto para que me hiciera perder cinco kilos de un plumazo. No funcionó. Mi padre, que olía a *after shave* y a Fortuna, bajó a buscar el coche para llevarme hasta la iglesia, porque yo aquel día era la protagonista absoluta, cosa que casi nunca ocurría –según yo.

Bajamos en ascensor y todo estaba bien. Dulce niña vestida de blanco de la cabeza a los pies. Hasta la ropa interior era blanca, por supuesto. Y las florecillas de la diadema de mi cabello castaño perfectamente peinado también eran blancas. Toda yo. Novia infantil para darle la bienvenida a la carne de Cristo. Tan pura y etérea todavía, y buscándome dentro de mí ese sentimiento místico de unión con Dios y espiritualidad alada bajo mis pies. Me sentía culpable porque no los encontraba, aunque me concentrara, pero guardaba la vaga esperanza de que, al tragarme la hostia, sí me llenara de júbilo esa comunión con todo el santoral. Bajamos en ascensor mi madre y sus tres hijos, los mayores elegantemente ochenteros. Recuerdo la permanente de mi hermana y de mi madre, recuerdo el peinado engominado de mi hermano, las hombreras de los tres. Mi padre, con traje y corbata –cosa rara en él, que había asumido la vestimenta del primer PSOE con todo entusiasmo–, esperaba en la calle con el coche aparcado en segunda fila. Fuimos hasta allá mis hermanos, mi madre y yo. Mi madre se sentó junto a mi padre, y mis hermanos y yo detrás, como siempre. Yo supongo que iba en medio por ser la más pequeña, pero no lo recuerdo, supongo que era un sitio estratégico

para interrumpir la maravillosa complicidad de mis queridos hermanos mayores —¿o sus discusiones?—. Yo no me enteraba de muchas cosas que pasaban por encima de mi cabeza. Volviendo a la escena del coche: No sé dónde me senté, pero sí sé que, al sentarme, mi barriga, nutrida de aburridos sangüiches de jamón dulce y de la inactividad total con la que me educaban, explotó el maldito vestido blanco. Crac. Oí cómo cedía una costura de la no cintura. Crac. Oí cómo cedía la otra. Los hilos cedieron humillándome con toda su crueldad.

Princesita triste y mancillada con un vestido discretamente roto. En silencio, me puse a llorar mientras oía a mi familia jubilosa celebrar un día tan importante. Por mi boca escapaban suspiros de hambre, ¿qué tendría la princesa? Nadie pareció darse cuenta. Los gritos y las preocupaciones y las risas —sobre todo las risas de mi hermana esbelta y moderna y adolescente— explotarían más tarde, al bajar del coche y ver el terrible desperfecto. Sí recuerdo, como si aún siguiera allí, la mano de mi padre en mi cabeza, su guiño y su complicidad. ¿Qué importa?, creo que me dijo. Si Dios existe, qué le va a importar eso. Si Dios existe, repitió, tendrá otras cosas de qué preocuparse. Si Dios existe.

Era una señal, no sé ni cómo me dejaron hacer la comunión de tal guisa. Caminar hacia el altar con los brazos pegados al cuerpo, intentar tragarme la hostia con tal sentimiento que no era más que vergüenza y rencor. Luchar con mi lengua contra la hostia adherida a mi paladar. Tanto sufrimiento para merendarme el cuerpo de Cristo disfrazada de novia niña. Total... ¿Sería acaso un mal augurio explotar el vestido de pureza que me habían puesto?

Me sentí mal y supe que era porque había pecado. ¿Era la gula? Mira que Dios te está mirando, mira que te vas a morir, mira que no sabes cuándo. No, no era solo la gula. Llevaba meses sin

disfrutar de un festín de placer cremoso de chocolate. No era ese pecado venial. Era uno muchísimo más grave.

Obviamente era un castigo divino.

Y solo yo sabía por qué.

Vayamos hacia seis meses atrás.

Cuando yo tenía unos siete años y medio se estrenó *E. T.* No recuerdo cuándo la vi ni dónde, pero recuerdo el miedo que sentí después. Recuerdo el miedo que sentí cuando llegué al dormitorio que compartía con mi hermana y me di cuenta de que había un armario empotrado de puertas correderas.

En *E. T.*, el entrañable extraterrestre se encerraba en el armario entre los peluches. Nunca entendí por qué tenía Elliot todos esos peluches dentro de un armario. Cuando yo era pequeña, tenía dos peluches, un león y un oso panda, y nunca dentro del armario. Mis peluches estaban decentemente sentados en unos estantes combinados con libros. ¡No en la promiscuidad cerrada de un armario, Dios santo! Mi madre se habría enfadado enormemente si yo hubiera metido mis juguetes en el ordenado armario de mi ropa de esa forma. Pero obviamente la España de los ochenta no era los Estados Unidos de los ochenta. Imagino que, en Estados Unidos, paraíso y meca del consumismo, la mayoría de los niños tenían ya un montón de peluches e imagino que sí los podrían guardar entonces en el armario o donde les diera la gana. O no, y era una cosa de la familia a la que *E. T.* fue a aterrizar. Puras especulaciones que me desvían de mi propósito, desde luego, pero que me sirven para visualizarme como una niña incapaz de imaginar otros mundos posibles, otras formas de infancia, otros armarios.

Yo tenía miedo de que un ser nuevo se encerrara tras las puertas correderas del armario empotrado. Casi el mismo miedo intenso

que sentía al imaginar que la Virgen María venía a visitarme por la noche para designarme su heredera; no en vano ya he dicho que yo era la bondad personificada según mi madre. E. T. desde dentro del armario y la Virgen María fuera de él se me antojaban los dos seres más peligrosos del mundo. De todos modos, al ser un espacio inquietante y peligroso, decidí ocupar el armario de nuestro dormitorio, lentamente, con otras actividades secretas de las que nunca en mi vida he hablado con nadie.

A nadie se las he contado, así que espero que tengas cierta condescendencia con esa niña que fui y que no sabía lo que hacía. Y sobre todo conmigo, que hasta ahora nunca he reconstruido unos hechos secretos de los que tantas veces quise olvidarme.

Cuando tenía siete años, yo ya había aprendido a jugar con muñecas como una niña de verdad. Después de un entrenamiento para olvidarme del fútbol del recreo, de mis amigos con puras oes de parvularios, de Carles, de mi otro yo llamado Miguel, conseguí acceder a los juegos de niñas con una naturalidad pasmosa. Esa vida sedentaria me atrapó en sus dulces redes. Estar en un colegio de monjas ocho horas por día era un buen lugar para aprender a ser una más. Nadie habría sospechado que yo era el resultado de un esfuerzo mayúsculo y de un aprendizaje muy consciente. Yo era una niña, obviamente y, como tal, debía aprender a jugar a lo que las demás niñas jugaban, a llevar un clip en el pelo largo, a vestirme de rosa, a moverme cual una princesa levitante de tenues parpadeos. Imitar a las otras niñas no era difícil, aprendí a dar el pego y hasta a olvidarme de que mi escenificación era todo un proyecto de vida. Me gustaban sobre todo las Barriguitas, nunca las Barbies ni las Nancies. Las Barriguitas eran unas muñequitas poco más grandes que una mano con cuerpo y cara de bebé y pelos de diversos colores. Y

con barriguitas, como su nombre indica, abultadas. Y ombligos hundidos como el mío. Tenía una colección de ellas, imagino que unas ocho o diez, con las que inventaba diferentes historias y aventuras en la soledad de mi cuarto. Algunos de los juegos que hacía con ellas no debería explicarlos porque una tiene derecho a tener sus propios secretos. O más bien porque una le debe lealtad a la niña que fue.

Espero que tanto ella como tú podáis perdonarme la osadía.

Mis Barriguitas, en esos momentos que no le he contado nunca a nadie, no se casaban, no iban al colegio, no iban al doctor. Mis Barriguitas no se cambiaban la ropa ni jugaban en campos de cartón. Mis Barriguitas no comían, no dormían, no bailaban ni bebían. No. Mis Barriguitas saltaban en la cama de mi hermana y en la mía, volaban de una a otra, se encontraban y luego se amaban dentro del armario de mi dormitorio con devoción. No, falso. No voy a desvirtuar ese recuerdo. Mis Barriguitas entre mis manos follaban como las mujeres follan. Se desnudaban despacio, se chocaban los cuerpos, los vientres, entrelazaban las piernas, se frotaban los pechos, se acariciaban las nalgas redondas. Mis Barriguitas holgaban felizmente sobre las sábanas y las toallas mullidas y planchadas, mientras mi respiración iba a mil y sentía que algo iba a explotar en medio de una inmensa culpabilidad que ni siquiera entendía. Se escondían y se perseguían entre las batas colgadas como ninfas salvajes. Se hundían entre nuestros jerseys de invierno, como si fueran montones de heno de un pajar cualquiera para solazarse en parejas o en grupo. Y esas escenas, yo, con siete años, no las podía ni imaginar desde el centro de mi inocencia absoluta, pero una extraña fuerza me inducía a manipular mis muñecas con la puerta de mi cuarto cerrada y el corazón desbocado.

Esta niña es muy buena. A esta niña ni se la siente.